

# Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:  
Trabajando con Rafael

Autor/es:  
Trueba, Fernando

Citar como:  
Trueba, F. (2000). Trabajando con Rafael. Nosferatu. Revista de cine. (33):53-55.

Documento descargado de:  
<http://hdl.handle.net/10251/41191>

Copyright:  
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



**donostiakultura.com**



# Trabajando con Rafael

*Truebaren arabera, Azconarekin lan egitea inoiz gertatu zaion gauzarik onenetakoa izan da, maila pertsonalean zein profesionalean. Azconak berarekin batera zenbait proiektutan gidoia idazteko hainbat saialditan huts egin ondoren, azkenik elkarlanari ekin zioten *El año de las luces* (1986) filmarekin.*

**Fernando Trueba**

**C**onocí a Rafael Azcona, si la memoria no me falla- y últimamente lo hace a menudo- en 1982. Oscar Ladoire y yo estábamos escribiendo una comedia que, en nuestra mentalidad tardoadolescente, soñábamos que sería algo entre **Con faldas y a lo loco** (*Some Like It Hot*; Billy Wilder, 1959) y Blake Edwards. Ahí es nada. Atascados en algún punto de su rocambolesca trama, decidimos acudir al que considerábamos, simplemente, el mejor de los guionistas. Y así nos citó en uno de los bares o cafeterías de su barrio que constituyen su territorio habitual. Con la amabilidad e infinita paciencia que le caracteriza, se escabulló como pudo. Una frase que

recuerdo de aquel primer encuentro y que le oiría decir más veces, años después, era: *"Yo no sé qué es un gag"*. Nos dijo de todas las maneras posibles que ése no era su género y, ante nuestra insoportable insistencia, acabó despidiéndose de nosotros, ya entrada la noche, con un *"Cuando tengáis una historia pegada a la tierra, llamádme. Yo sólo escribo películas de garbanzos"*. Y se perdió en la noche, dejándonos consternados.

Nunca hicimos aquella película. Ni siquiera acabamos aquel guión. Pasaron un par de años, debía ser el 84, cuando le llamé por segunda vez. No recuerdo muy bien qué historia le propuse escribir conmigo. Lo que sé es que era

otra comedia "a la americana", si puede decirse. Charlamos de ésa y otras historias. Entre ellas yo le conté la historia de un amigo mío, Manolo Huete, que éste me había contado años atrás en un bar, antes de yo haber dirigido ninguna película, y que yo soñaba con hacer algún día, pero que por entonces consideraba carísima e irrealizable por ser de época. A Rafael le encantó la historia de Manolo. Pero de nuevo me dio calabazas. Subiéndome al taxi, en el Paseo de la Habana -lo recuerdo como si fuera ayer- me dijo: "Cuando quieras hacer la historia de Manolo, llámame".

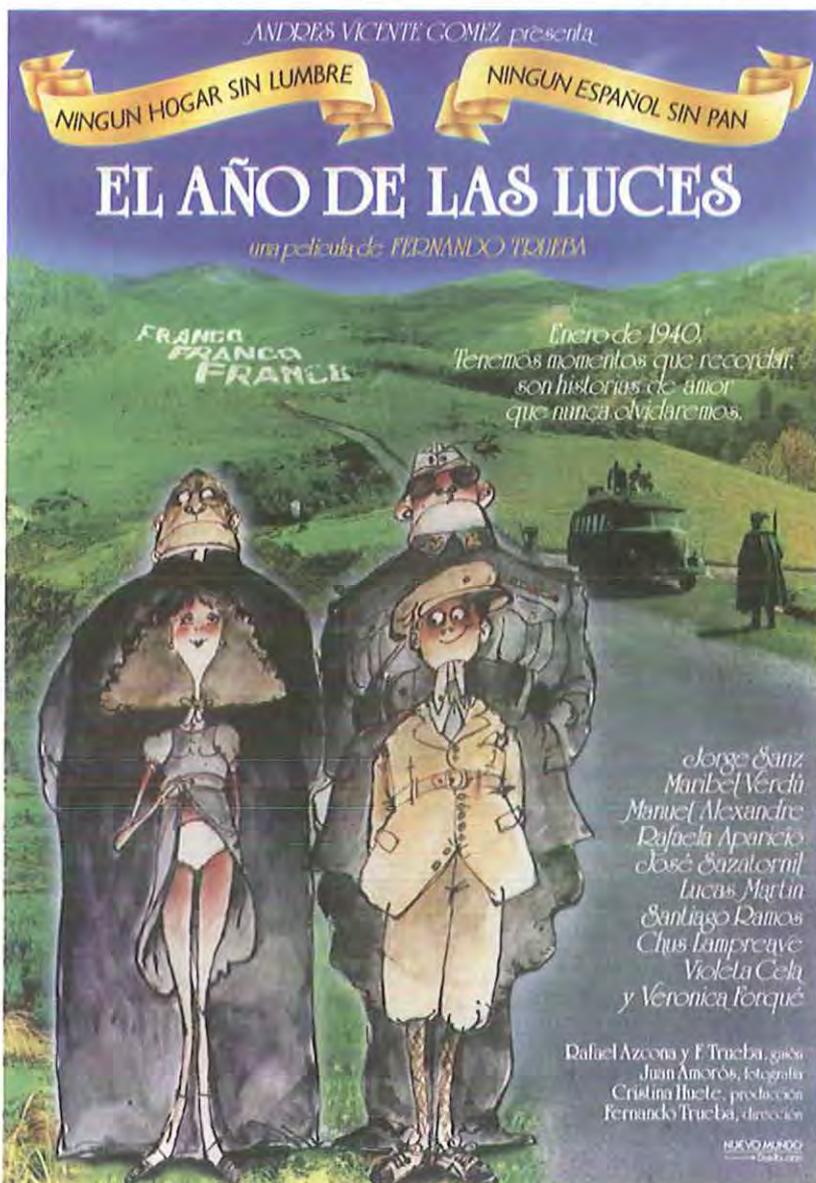
Aquella comedia que no recuerdo no se hizo nunca, pero hice otra comedia, para Andrés Vicente

Gómez, **Sé infiel y no mires con quien** (1985). Mientras rodábamos, Andrés, encantado con la adaptación y la proyección diaria del rodaje, me preguntó si tenía algún otro proyecto. Le conté la historia de Manolo y le gustó. Le dije que tenía que escribirla con Rafael Azcona, y le pareció bien, y, por primera vez en mi vida, aún no había acabado una película y tenía otra en proyecto. Así que, terminado el rodaje, mientras yo montaba **Sé infiel y no mires con quien** por las mañanas, por las tardes me reunía con Rafael en uno de "sus" cafés. A la tercera va la vencida.

Pasamos tres semanas hablando de la historia de Manolo, de sus personajes, de la época, de qué

cosas debían conservarse de la historia real y cuáles no. Aunque de lo que más hablábamos era de otras cosas, de cine, de libros, nos contamos nuestras vidas. Descubrí que Rafael era un hombre de una curiosidad infinita y que estaba al día de los últimos libros y las últimas películas. Para mi estupor, durante esas primeras semanas Rafael nunca sacó un lápiz, ni un papel, ni -por supuesto- una grabadora. Yo no me atrevía a preguntar cuándo íbamos a empezar, sin darme cuenta de que ya lo habíamos hecho. Además no me importaba cuánto se prolongase pues disfrutaba como un enano de aquellas tardes de charla. De pronto un día Rafael me suelta: "Creo que ahora ya sé qué película quieres hacer". Y sacó un cuadernito mínimo y comenzó a tomar notas. Durante los siguientes días, fue anotando la escaleta de la película, la estructura de la historia. Y cuando ésta estuvo más o menos completa, Rafael se presentó con las primeras páginas de guión. Cada día me daba a leer las páginas escritas. Hablábamos sobre ellas, y luego pasábamos a discutir las secuencias siguientes. Al otro día las páginas discutidas estaban modificadas con las reflexiones que hubiésemos hecho incluidas y tras ellas venían redactadas las escenas nuevas. Y así hasta que el guión estuvo terminado. Fue **El año de las luces** (1986).

Ése es el método Azcona. Al menos el que yo conozco. He oído decir que Rafael es reacio a las famosas reescrituras. Él mismo lo dice. Pero es que cuando Rafael termina un guión, ese guión ha sido reescrito día a día. Es una cosa que tiene en común -no la única- con Billy Wilder. Su primer guión es un guión definitivo. Porque jamás hace eso que hoy se conoce como "Sólo es una primera versión, ya lo reescribiremos". Esa primera versión definitiva es el resultado de varios meses de trabajo.





En **Belle Époque** (1992), el método fue muy parecido, con la variante de que éramos tres. Rafael, José Luis García Sánchez y yo. Los tres habíamos iniciado una comida semanal que se ha prolongado durante casi diez años. En una de aquellas comidas, Rafael nos planteó: *"Deberíamos tener una coartada para estas comidas, porque si no la gente va a pensar que nos estamos divirtiendo y ya sabéis que nada ofende más al ser humano que la felicidad ajena"*. Y el pretexto fue escribir un guión. Y así, durante cerca de año y medio, el centro de conversación de aquellas comidas fue la historia de Fernando, Manolo y sus cuatro hijas. Cuando Rafael ganó el Goya al mejor guión se lo entregó al restaurante al que siempre hemos sido fieles.

Aunque a día de hoy se siga considerando al director el "autor" de una película -en vez del "ejecutor", que es lo que realmente somos-, yo desafío a cualquier integrante de la "política de los autores" a imaginar qué serían la obra

de Berlanga, Saura, García Sánchez o Trueba sin Azcona para que se le cure su momentánea ceguera.

Por lo que a mí respecta, debo reconocer que trabajar con Rafael es una de las cosas mejores que me han sucedido en la vida, personal y profesionalmente. Y aunque a él le guste dar todo el crédito a los directores y decir que los guiones no son más que una herramienta de trabajo, yo creo que Rafael ha hecho la mejor literatura producida en nuestro país en los últimos cuarenta años del siglo XX y espero que no decaiga en el siglo XXI. De entrada, no hay más que abrir un periódico por cualquier página para ver que éste se parece bastante más a un argumento de Rafael que a la dichosa película de Kubrick.

Pero, sintiéndolo mucho, debo interrumpir éste artículo, porque hoy tengo comida con Azcona y no quiero llegar tarde.